

26ºD. TIEMPO ORDINARIO. EVANGELIO SEGÚN SAN LUCAS 16,19-31.

En aquel tiempo, dijo Jesús a los fariseos:

-Había un hombre rico que se vestía de púrpura y de lino y banqueteara espléndidamente cada día. Y un mendigo llamado Lázaro estaba echado en su portal, cubierto de llagas, y con ganas de saciarse de lo que tiraban de la mesa del rico, pero nadie se lo daba.

Y hasta los perros se le acercaban a lamerle las llagas.

Sucedió que se murió el mendigo y los ángeles lo llevaron al seno de Abrahán.

Se murió también el rico y lo enterraron. Y estando en el infierno en medio de los tormentos, levantando los ojos, vio de lejos a Abrahán y a Lázaro en su seno y gritó:

-Padre Abrahán, ten piedad de mí y manda a Lázaro que moje en agua la punta del dedo y me refresque la lengua, porque me torturan estas llagas.

Pero Abrahán le contestó: -Hijo, recuerda que recibiste tus bienes en vida y Lázaro a su vez males: por eso encuentra aquí consuelo, mientras que tú padeces. Y además entre nosotros y vosotros se abre un abismo inmenso para que no puedan cruzar, aunque quieran, desde aquí hacia vosotros, ni puedan pasar de ahí hasta nosotros.

El rico insistió: -Te ruego, entonces, padre, que mandes a Lázaro a casa de mi padre, porque tengo cinco hermanos, para que, con su testimonio, evites que vengan también ellos a este lugar de tormento.

Abrahán le dice: -Tienen a Moisés y a los profetas: que los escuchen.

El rico contestó: -No, padre Abrahán. Pero, si un muerto va a verlos, se arrepentirán.

Abrahán le dijo: -Si no escuchan a Moisés y a los profetas, no harán caso ni aunque resucite un muerto

AYUDAR A LOS DEMÁS

El Evangelio de este domingo, «del hombre rico y del mendigo Lázaro», debe ayudarnos a reflexionar sobre «nuestros comportamientos para con nuestros hermanos y hermanas y con nuestro planeta», esa casa común en la que habitamos y que está sufriendo por los males que los propios seres humanos hemos provocado, y seguimos haciéndolo, en este puñado de años que vivimos sobre él. «Las actuales formas de vivir», sin verdad, con un individualismo exacerbado según la ley del más fuerte, donde todo lo mueve el dinero sin que la persona cuente lo más mínimo, y un vivir contaminando el medio ambiente y consumiendo sin pensar hasta consumirnos nosotros mismos, «también son competencia de nuestra fe» si creemos en Jesús como modelo de vida y queremos ser seguidores suyos.

Las «consecuencias» de esta forma de vivir están a la vista: comportamientos políticos increíbles, migrantes desesperados, guerras injustas incluso con genocidios a la vista de todos, una política en la que «el relato está por encima de la verdad» y un «decaimiento de los valores necesarios para la convivencia» que generan una sociedad dividida y enfrentada, mayores tasas de criminalidad, de violencia de género y de conflictividad y un cambio climático cada día más alarmante. Y esto «poco se soluciona con leyes» ni tampoco silenciando la religión, sino «cambiando corazones, educando y viviendo en valores».

El seguimiento de Jesús supone «una espiritualidad concreta» que incluye, por supuesto, «relacionarnos con él, orar», participar en la vida de la Iglesia, en las celebraciones comunitarias pero también, y al mismo tiempo, ser ciudadanos activos, participativos, que «se involucren en la mejora de la sociedad».

Sin embargo, somos débiles y «nos arrastra la opinión de una mayoría manipulada» por los poderes políticos y económicos y unos medios de comunicación condicionados a su vez por estos. Nos gusta confiar en nosotros mismos y creernos autosuficientes: confiamos en ese amigo, en esa situación buena que tengo o en esa ideología y «a Dios lo dejamos de lado».

Y obrando así «nos encerramos en nosotros mismos», sin horizontes, sin puertas abiertas, sin ventanas y entonces «no es posible la salvación». Esto es lo que le sucede al rico del Evangelio. Tenía todo, llevaba vestidos de púrpura, se daba grandes banquetes, gozaba de placeres pero, «no se daba cuenta de que en la puerta de su casa, cubierto de llagas, había un pobre que se llamaba Lázaro». Todos tenemos esta debilidad, no vemos ni tocamos a los Lázaros que tenemos a nuestro lado y esto «nos conduce por el camino de la infelicidad».

La humanidad sigue necesitando pan y techo, pero hoy es más necesario que nunca, tomar conciencia de la importancia de «ayudar a los demás». No se trata de ayudar únicamente con una moneda o un pedazo de pan, pues hoy las personas de lo que casi estamos más necesitados es de una «sonrisa amable, un gesto de compasión o una palmada de aliento».

Los nuevos Lázaros necesitan **«mi tiempo»** para que comparta su dolor y les muestre el amor de Dios. Jesús quiso sufrir lo que sufre un ser humano y su triunfo y resurrección son la prueba anticipada de nuestro triunfo y resurrección. Basta para ello, **«abrir el corazón para ayudar a los demás»** y **«afrentar las dificultades agradecidos, por el amor que Dios nos tiene»**.

Para un creyente cristiano la persona que somos hoy en la vida engarza con la que seremos más allá de la muerte. **«La humanidad resucitada se halla, desde ya, presente en la humanidad de hoy»**, como el árbol se halla presente en la semilla.



De ahí se deriva que para llegar a **«la vida resucitada»** no vale construir en la vida de hoy cualquier tipo de persona. **«El fruto que seremos depende de la semilla que ahora vayamos siendo»**. ¿Da lo mismo ser asesino que asesinado, ordenar masacres por intereses mezquinos que morir inocentemente, acaparar injustamente riquezas que morir de hambre, amar que odiar, cultivar exquisitas relaciones de fidelidad que practicar el engaño, la mentira y el fraude? Evidentemente, no. La razón de ello está en que tenemos **«libertad para actuar»**, pero también **«la responsabilidad de lo que hemos hecho»**.

La única actitud que cabe ante la vida resucitada es la **«esperanza»**, una mezcla de confianza, ilusión, deseo y temor. Una esperanza que aunque tiene bases racionales para creer en ella, se sustenta firme en **«la fe de un Dios que nos ama»** y en las **«enseñanzas de Jesús»**, que nos mostró con su vida de amor el camino hacia Dios, el camino de nuestra salvación, **«el camino hacia nuestra plena felicidad»**.

Es una esperanza y a la vez una expectativa que requiere un **«compromiso activo»**. **«El futuro no llega si uno no se compromete en su consecución»**. Y ya sabemos cómo Jesús esperó la resurrección: comprometiéndose con los pobres, los despreciados, las mujeres, los abandonados, hasta sufrir la muerte por ello.

Hoy es una buena **«ocasión para orar al Padre pidiendo su ayuda»** para no ser como el rico del Evangelio, preocupado toda su vida por tener bienes materiales y quedar al final sin nada, y poner como **«norte»** del rumbo de nuestra vida la actitud de **«ayudar a los demás»** y de **«responsabilidad con esta tierra que habitamos»** ¡Que así sea!